

Entró al bar con los ojos relampagueados, la frente perlada, el cabello enmarañado. Respiraba efusivo, encañonó con la mirada al barista y sin pensarlo dos veces reanudó su cita con Jack Daniels.

Por favor!... pfff!... no quise!... pfff!... estuve!... -cayó desplomada al suelo.

Marianita, la pequeña, sentada a la mesa, se daba golpes en la cabeza. Los gritos desconsolados de su madre la aturdirían. Probablemente, si se daba suficientes, lograría vaciarlos... Su hermano Esteban, aún en la cuna, lloraba a todo pulmón...

Pidió otro whisky...

Los vecinos, acostumbrados ya a la cantaleta diaria, ni se inmutaron. Sólo doña Ester, un piso más abajo, no podía detener su figuración de lo que estaba ocurriendo arriba. Se cubría los oídos. Como si con ello desaparecieran los gritos, las súplicas marchitas de aquella pobre mujer, el ruido de los niños...

Miró a su alrededor. Sólo quedaban dos hippies trasnochados, a los que la magia de la cocaína había ya consumido el cartilago nasal. Levantó el vaso de whisky para dar el último sorbo a su salud. Le devolvieron una mirada de desprecio... Una grapa para los dos era ya un lujo compartirla entre ellos mismos. Fue sólo entonces, al levantar el vaso, cuando vio el rasguño en sus nudillos, la sangre ya reseca... probablemente fue el diente que le voló, "si no hubiera volteado la cabeza..."

Al subir al autobús, sintió un regúrgito nauseabundo de whisky. Tomó aire y se tendió a lo largo de los asientos vacíos. A sus anchas. La calefacción del autobús lo acurrucaba hasta que le venció el sueño, "Mañana, mañana al llegar a casa le pediré perdón..."

A esa mima hora, en un cuarto de hospital, tendida en la camilla, Sara daba su último respiro...

[Karina Morales-Gálvez escribe por placer y estudia el doctorado de Literatura en Yale University]

Limpieza

345, doblado derecho, doblado izquierdo, pliegue central. 346, doblado derecho, doblado izquierdo, pliegue central. 347,...

Esta vida no es romántica como me prometieron. Esta vida es anterior, barroca, cargada de trastos, tiliches, tareas que colmar. 391, doblado derecho, doblado izquierdo, pliegue central. Hecho. Ocho libras y media en total. Salario mínimo = 58 dólares limpios. Con nueve horas así, me hago 50 dólares. A esto le descuento 5 dólares del subway. Me quedan 45 dólares al día. 1.100 dólares al mes. Son 900 dólares de renta del departamento más allá de Queens. Me quedan 200 dólares para comer. Frijoles, papas, jitomates, chile y tortillas. Comemos sano en casa porque no me llega para pringarme los dedos con la hamburguesa.

Me pagan por limpiar tu suciedad, tu sudor, tu grasa marrón incrustada en el cuello de la camisa. Me pagan los frijoles para que tú vayas limpio, para que tú vuelvas a ensuciar la camisa que planché. Tu sudor nos alcanza para malvivir mi niño y yo.

También limpio mi casa. Cloro, amoníaco y otros líquidos para el baño y los trastes. Limpio tu consciencia, limpio tu buen aparentar, limpio esta miseria como mejor me cuadra. Limpio la cuadra en que vivo para que tú tengas casa. Limpio tu sudor para que en el cubículo del ascensor alguien te diga lo bien que hueles.

Veamos, veamos... Un toque de polvos de ortiga por el cuello y un poco de polvo de chile piquín soplado en tus calzones. Tú nunca sabrás porqué sudas tanto. No es tu consciencia. Soy yo.

[Gonzalo Hernández Baptista es doctor en literatura. Trabaja en la University of Virginia. Investiga las narrativas (hiper)breves del exilio antifranquista en México.]

Una historia oculta. Un juego.

Tradicionalmente, la exposición se concibe como un viaje, privado y extenso, entre el fotógrafo y el público. La colocación de la imagen dentro de ese espacio o el estudio de la luz que recibe son elementos comunes en la sintaxis de cada exhibición.

Permítanos añadirnos, tras varias colaboraciones, dentro de este escenario. Proponemos un juego de microrrelatos, de variada índole, que tienen una referencia implícita sobre una foto de la

presente muestra. Léanlos antes de entrar -tabula rasa- o después del garbeo -memoria visual-. Cada uno entenderá a su modo las conexiones que establece la fotografía con el microrrelato, y viceversa.

Si creen haberlo adivinado, pueden escribirnos: karina.morales-galvez@yale.edu - gonzalo.hernandez@uky.edu

RECUPERANDO MEMORIAS

LOS FOTÓGRAFOS REFUGIADOS.

FOTOGRAFÍA Y EXILIO DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA.

El día 1 de marzo de 1939, el fotógrafo valenciano Agustí Centelles llegaba al campo de concentración de Bram. Cargado con el equipaje personal, una maleta con su archivo de negativos y varias cámaras, se dispuso, como uno más entre los miles de refugiados, al registro obligatorio de bienvenida. Había decidido llevarse una selección de su material y cruzó con ella la frontera en unas condiciones penosas. No era un gesto grandilocuente para salvar la memoria histórica, sino una obsesión ante la posibilidad de que las autoridades franquistas utilizaran sus imágenes como herramienta represiva.



Mientras fotógrafos como Robert Capa o David Seymour (Chim) eran encumbrados a la fama por su trabajo en la Guerra Civil Española, muchos de los reporteros españoles que cubrieron la contienda se convirtieron en refugiados políticos camino de un exilio incierto. Agustí Centelles, uno de los más sobresalientes del nuevo fotoperiodismo, fue refugiado en los campos del sur de Francia. Su forma de mirar, ligada a una conciencia colectiva, hizo que fotografiara desde dentro, desde la experiencia compartida, la comprensión y la complicidad, y no como un simple observador, la cotidianidad de lo que se movía alrededor de los campos de refugiados. Centelles tuvo que regresar a España en 1944 porque La Gestapo le puso en su punto de mira por colaborar con la resistencia francesa. Su preciada maleta quedó custodiada por una familia de campesinos de Carasona y devuelta a su dueño en 1976. Igual que otros colegas de oficio, fue juzgado y depurado por su militancia republicana, dedicándose desde entonces a la foto industrial en Barcelona. Llamado por algunos el Robert Capa español, Agustí Centelles nos dejó un legado extraordinario y único por el hecho de que él mismo era uno de los miles de detenidos en aquellas instalaciones para refugiados.

Cuando los franceses vieron las atrocidades que cometieron los nazis en el campo de exterminio de Mauthausen se quedaron conmocionados, la revista Regards publicaba en 1945 unas fotos inéditas que un prisionero español había hecho durante su tiempo de cautiverio. Poco se sabe de los primeros meses de Boix en Francia o de las condiciones en que se realiza su paso por la frontera como refugiado de guerra. Hijo de un sastre anarquista, Francisco Boix llevó una vida de lucha y compromiso. Más de una guerra tuvo en su corta vida. Combatiente en el frente del Ebro durante la guerra civil española y voluntario después en la compañía de la Línea Maginot y el Quinto regimiento francés en la II guerra mundial, fue detenido por los alemanes en 1940 e internado un año después en el campo de concentración austriaco de Mauthausen. Allí trabajó en las canteras y más tarde en el laboratorio fotográfico. Asesinatos, visitas de oficiales nazis y fotos de carné, entre otras, fueron las imágenes que Boix y otros presos españoles fueron robando y ocultando dentro del campo o en la cercana localidad de Mauthausen. Francisco Boix fue el único testigo español durante el proceso de Nuremberg y su declaración, avalada por sus imágenes, sirvió para condenar a los nazis Speer, Eigruber y Kalterbruner. Francisco Boix murió en París a los 31 años.

Cuando Cándido, Faustino y Paco llegaron a México, en 1939, como otros muchos republicanos españoles, su registro de Migración llevaba el sello de "Refugiado político". Al igual que los mil quinientos refugiados llegados al puerto de Veracruz a bordo del barco Sinaia, pensaron que su estancia sería temporal. La agencia "Foto Hermanos Mayo" fue un colectivo fundado en Madrid a principios de la década de 1930 por cinco fotógrafos de dos familias: Francisco, Cándido y Julio Souza, y Faustino y Pablo del Castillo. La cobertura informativa en un 1º de Mayo, fue lo que dio pie al nombre de Hermanos Mayo, por su compromiso con la clase trabajadora. La decisión de los Mayo de luchar con las fuerzas que defendían la democracia en España llevó a los miembros del colectivo a una obligada salida de su país. Julio Souza no pudo captar con su cámara Contax, pero sí en su memoria, las imágenes de cientos de españoles disputándose una plaza en el paquebote británico Stanbrock para cubrir la última ruta de Alicante a Orán. La memoria gráfica de Julio coincide con el relato de Cruz Merino sobre el Stanbrock, del 27 de mayo de 1939: "el barco iba lleno hasta el palo mayor. En todos los lugares había alguien; en las bodegas, en el puente y sobre el techo de las cocinas y las máquinas; la línea de flotación estaba sumergida y se empezaba a levantar el ancla. Seguían llegando por miles los desesperados que no cesaban de gritar y llorar." Paco, Faustino y Cándido lograron llegar a Francia en compañía de medio millón de españoles. "El trato de los franceses en los campos de refugiados fue infame", relataba Faustino. "Las golpizas, las violaciones y los robos eran constantes. La falta de comida, de agua potable, de atención médica, aceleró la muerte de los más débiles". Al llegar al "Nuevo Mundo" se restableció la unidad de los Hermanos Mayo y, desde entonces, trabajaron para más de cuarenta periódicos y revistas. El enorme archivo fotográfico, integrado por millones de negativos, está custodiado por el Archivo General de la Nación de México.



foto1.- Campo de bram 1939 ©Agustí Centelles.
foto2.- 15 enero 1939. En el camino de Tarragona a Barcelona. (Algunos refugiados fueron asesinados o alcanzados por las bombas fascistas mientras huían).©Robert Capa.
foto3.- 25 enero 1939 Frontera Barcelona-Francia. ©Robert Capa.
foto4.- Refugiados españoles en Francia, 1939. ©Robert Capa.